

yo, para ir á pasar tres días en las tabernas de los mercados, comiendo almendras frescas, bebiendo vinos añejos y diciendo versos... Allí Augusto de Armas aprendió á morir y Alejandro Sawa á vivir. Todos los que en París hemos hecho vida literaria, en fin, debemos algo á *La Pluma*.

Montoya les debe el principio de su fama, que es inmensa.

Al verle hoy de nuevo, de pie junto al piano, cantando la gloria de los ojos finos cual lamas y grandes como universos, los ojos que son el alma de sus versos, me acuerdo de sus años de aprendizaje y de sus años de bohemia.

Alto, delgado, elegante, con manos de marqués y sonrisa de mujer, Montoya se paseaba por las calles del Barrio Latino acompañado por una chica morena de grandes ojos luminosos y de rostro virginal. La chica se llamaba Susana y era su musa.

— ¿Qué se ha hecho Susana? — le pregunto hoy.

Frunciendo el entrecejo me contesta :

— ¡Se murió!... Es una mujer á quien no podré olvidar nunca y de la cual me acuerdo todos los días al toser... ¡Me cuesta un pulmón, la tal Susana!

Seguimos hablando. Montoya prefiere hablar del porvenir que del pasado. El porvenir le sonríe. Tiene escritos dos ó tres dramas que serán representados este año; prepara una novela; hace un nuevo Oratorio para la orquesta de Colonne; está enamorado... Quiere traducir una de mis novelas para el folletín del *Gil Blas*. Y además...

Para decírmelo, baja la voz :

— Además un editor de Bruselas va á publicar en

edición de lujo, á cien francos el ejemplar, mis poemas obscenos...

— ¡Ah!

*
* * *

MARTES. — Por tercera vez vengo al teatro de los Funámbulos á admirar á Severin en la nueva pantomima de Armand Silvestre.

Sin ser tan poética y tan conmovedora como *Chan' d'Habits*, *La Tournée de Pierrot* me gusta muchísimo. Es una obra llena de movimiento, de alegría, de gracia y de color. Todos los personajes de la antigua farsa napolitana figuran en ella y sonríen y saltan y se dan bromas pesadas, y se ponen cuernos y se sacuden el polvo. Allí está Arlequín, ágil y fuerte, aconsejando á su querida que seduzca al viejo millonario; allí está Colombina vestida de blanco, enamorada de su amante, el alto Pierrot de París; allí está el comisario para recibir las bofetadas del mundo entero, allí están todos, en fin.

Antes de entrar en escena, Pierrot se emborracha, y una vez borracho se precipita sobre la bailarina y la besa en los labios. ¡Tumulto! ¡Paliza general! Pierrot va á la cárcel. Al ser puesto en libertad, un ataque de fiebre le postra en cama y durante su delirio ve pasar ante sus ojos á la bailarina de quien está enamorado : la llama, trata de estrecharla entre sus brazos ardientes, le pide los labios y se ofrece á ella en un espasmo vertiginoso de todo su ser. Colombina sufre de verle sufrir, y para curarle se decide

á hacer el sacrificio de su amor y de su amor propio, yendo en busca de su rival. Pero Pierrot comprende la abnegación sublime de su querida y al ver llegar á la que desea, la rechaza y se arrodilla ante Colombina.

En un entreacto, Mulder, el compositor, me dice que Severin piensa hacer un viaje artístico por toda Europa, y me pregunta si creo que tendrá éxito en España.

No lo creo. La pantomima tal como Severin la comprende y la practica, es un arte para públicos muy refinados, para ciudades como París en las cuales hay muchísima gente que saborea las delicadezas discretísimas de un cambio de fisonomía y que ve con atención las deformaciones de una boca y las crispaciones de una mano en los instantes lentos y apasionados que van del capricho al deseo y de la dicha al dolor. Para admirar á Severin, es necesario estar cansado de muchas cosas y es menester haberlo conocido todo. En Madrid el único que siente profundamente el alma de Pierrot, es Benavente. Los demás prefieren ver á Cyrano gesticulando con ademanes grotescos su decamerón de vaciedades, de fanfarronerías y de inocencias.

En Barcelona misma, donde el esnobismo artístico es mayor que en el resto de España, la pantomima de Severin no tendría sino un éxito relativo, porque el público está acostumbrado á no ver en las obras mudas, en los poemas del gesto y del ademán, sino una diversión cómica destinada á los chiquillos y á las criadas de servicio.

* * *

JUEVES. — En el bar inglés de Calysaya, encuentro reunidos á casi todos mis antiguos compañeros del Barrio Latino y de Montmartre. Aquí está Levey, siempre flaco y melnudo, limando eternamente el mismo soneto, pensando aún en las noches que pasó en el Indostán y en Indochina cuando el gobierno francés le encargó de una misión en Oriente; aquí está Lajeunesse el terrible, burlándose de todo y de todos, más nervioso que nunca desde que se batió con Laurent Tailhade; aquí está Jourdan, cuya exposición de dibujos preocupa hoy á los críticos de arte; aquí está Ibels, el autor de los *Talentiers*, más irritable cada día, dispuesto á encontrarlo todo malo; aquí está de Bruchard, el don Quijote incurable que tuvo un duelo con el matón Guerin y que recibió una bala en la pierna por defender á Zola; aquí está Besnard, el hijo del ilustre pintor, el Besnard joven, hermoso como un dios y cínico cual una prostituta, enseñando las medias de seda de su novia y fumando en la pipa de un académico; aquí está Massards en fin, cuyos retratos llaman la atención todos los años en los Campos Eliseos.

Massard me pregunta si me acuerdo de Liliana, la heroína de una novela mía, la querida de Carlos de Llorede, la marquesita caprichosa y fantaseadora, la Liliana histérica y adorable de mi *Del Amor, del Dolor y del Vicio* — del vicio sobre todo — como dijo doña Emilia Pardo Bazán.

¡Ya lo creo que me acuerdo de ella!

Massard continúa :

« Está más linda que antes y más loca que jamás. Ven á verla á mi estudio á donde viene todas las mañanas con su nuevo *cariñito* para que los retrate juntos. ¿Vendrás uno de estos días? »

Creo que no. ¿Para qué hacer revivir en mi alma actual lo que sintió Carlos hace ya muchos años?

Prefiero seguir yendo con Oscar Wilde al saloncillo de un café concierto en el cual abundan las Lilianas viciosas y las sentimentales Violetas y en donde de vez en cuando se ven cosas extraordinarias, cosas nunca soñadas, cosas inverosímiles.

Hace apenas una semana la más linda bailarina de ese concierto trató de envenenarse con un frasco de láudano. ¿Por amor? Sí. Pero no por amor de un hombre. ¡Oh Safo!

Al oírnos hablar de tales cosas, Lajeunesse se enfada contra la inmoralidad y nos hace un panegirico de la vida casta, de las mujeres puras, de los cariños sanos y honestos.

Massard asegura en alta voz que si Lajeunesse habla así es porque le acaban de dar calabazas.

— ¡Es verdad! — contesta el autor del *Holocausto*. — Y su rostro afeitado se contrae en una mueca de dolor y de resignación.

Henry de Bruchard no habla nunca de amor. Para él las mujeres no merecen grandes alabanzas. Lo único que lo atrae es la acción y la lucha. En un momento de silencio se dirige á mí y por la centésima vez me refiere sus impresiones de la guerra grecoturca en la cual tomó parte como voluntario :

— Si hubieras visto aquellas montañas llenas de

humo — me dice — habrías comprendido que al lado del espectáculo soberbio de la lucha, la vida parisiense no es más que una porquería... ¡Allá sí que se vivía intensamente, con toda el alma y todos los nervios!... ¡Ya verás! Cuando estalle otra guerra te llevo conmigo!

Yo le doy las gracias y le aseguro que no me dejaré llevar.

* * *

MARTES. — Rubén Darío me envía sus últimos libros. — Gracias, poeta.

Los que le creían á usted perezoso, mi querido Rubén, deben de estar desconcertados. En menos de seis meses ha publicado usted dos libros, uno en verso y otro en prosa, *Los Raros* y *Prosas Profanas*. Permitame usted que le hable de ellos desde el punto de vista del *parisienismo*.

Prosas Profanas sería un título delicioso para una colección de fantasías en prosa; mas para una serie de poemas cuyos ritmos son casi siempre perfectos y cuyas rimas son impecables por lo general, resulta algo belga. Yo he tenido que esconder el volumen con objeto de que mis amigos de Paris no sonrían maliciosamente al hojearlo después de haber visto la cubierta, pues nada me disgusta tanto como que alguien se burle de usted, aunque usted no le crea.

También he tenido que esconder *Los Raros*, mi querido Rubén, á causa del título — ¡oh los títulos! —

Todos los que usted escoge, ó inventa, son llamativos á primera vista, pero casi nunca *van* con el contenido del libro. Un título debe ser una etiqueta que evoque, por lo menos, el perfume general de la obra y que sugiera con una palabra, ó con una frase, la visión completa que irá precisándose y desarrollándose después, en el curso de la lectura. Su *Azul* de usted no es todo azul; sus *Prosas Profanas* no son prosas, y sus *Raros* tampoco son raros.

No, Rubén, no lo son, ó por lo menos, no lo son en Europa en este año de gracia de 1898. ¿Leconte de Lisle raro? ¿Max Nordau raro? Casi tanto como Zola y Dumas... Porque supongo que lo que usted ha querido decir, es « extraños, poco parecido á los demás literatos, y, también, poco conocidos », pues si lo que quiso significar fué « raros como intensidad de talento », nadie lo es tanto como Molière y Cervantes.

Así, pues, los títulos no me agradan. ¿Y los libros mismos? Eso ya es otra cosa: lo que usted escribe, siempre nos parece excelente á mí y á unos cuantos más que tenemos el mal gusto de admirar con sinceridad lo que en francés se llama *l'écriture artiste*. Como escritor, como artista de la frase, como descubridor ó adaptador de combinaciones elegantes de palabras, no tiene usted cien rivales en la literatura actual de España, y en Francia misma, donde los escritores

cincelan como ánforas la frase,

sería usted un escritor muy querido de los jóvenes y muy estimado por un público especial.

Lo que ha de extrañar sobre manera á usted y á sus amigos, es saber que lo que más estimo yo en *Azul*, en *Prosas Profanas*, y sobre todo, en *los Raros*, es una cualidad que para la crítica en general es mala y que para mí es excelente. Esa cualidad se llama esnobismo, y usted la posee en mayor grado que todos los demás literatos españoles juntos.

Usted es, en efecto, el tipo perfecto del esnob á la moda de París, del esnob impecable é implacable, del esnob victorioso, en fin. Todo lo nuevo y todo lo raro encuentra en usted una curiosidad entusiasta y un respeto casi religioso. Usted es la encarnación casi genial del espíritu que nuestro maestro Valera llama novelero y que debiera llamarse cosmopolita y diletante. Usted es aristocrático al hablar del conde Montesquiou, naturalista al hablar de Zola, y hasta gramático al escribir el elogio de Juan Moréas. Como ciertos personajes de Barrès, quiere usted saberlo todo, verlo todo, conocerlo todo y expresarlo todo. Su intelecto es un cinematógrafo que refleja incesantemente las mil fases de la sensibilidad, de la sabiduría y del pensamiento universales.

Otros escritores hay, mi querido Rubén, en Francia y en Italia sobre todo, que viven, como usted, la vida inquieta del eterno descubridor de rincones extraños, pero esos otros suelen ser ironistas como Teodoro de Wizeva ó sabios como Remy de Gourmont y pueden, así, temperar la fiebre de sus hallazgos con burlas benévolas y con preparaciones filológicas ó psicológicas. El alma de usted es un alma lírica, incapaz de pacientes prolegómenos y de sonrisas maliciosas: alma de poeta, alma nerviosa y

femenina que se entrega desde luego y que, si discute sus propios gustos, no es sino al día siguiente, una vez el ardiente beso concedido.

Nos habla usted con entusiasmo admirable é ingenuidad más admirable aún, de simbolistas como Dubus á quienes sólo debiéramos conocer nosotros los que hemos vivido años y años en los cafés del Barrio Latino, de humoristas como Lautreamond que han sido inventados en *El Mercurio*, « para la exportación » según dice María Kryrinska, de vírgenes como Rachilde, la buena y regocigada Rachilde que si no tiene seis hijos es porque Dios no quiere, de otros muchos, muchos, muchos... y dice usted tantas cosas exageradas, y las dice usted tan solemnemente, que nosotros los que tenemos la pretensión de estar en el secreto, sonreímos. Hacemos mal en sonreír. La inocencia es siempre sagrada.

Lo único que usted necesitaba para completar su museo de genios desconocidos, era un primitivo. Ahora ya le tiene usted: tiene usted á Fray Domenico Cavalca, buen monje toscano, á cuyas obras atribuye la imaginación de usted todas las virtudes artísticas de los divinos rivales del Giotto. Lo que debe gustarle, es que Fra Domenico es tan desconocido en Francia como Dubus, como Lautreamond y como la virginidad de Rachilde.

Muchos críticos le aconsejan á usted que renuncie por completo á tal esnobismo y que, consagrándose á cultivar su propio temperamento, trate de producir una obra personal. Si yo fuese capaz de dar consejos, le hablaría de otro modo: « Rubén, le diría, mi querido Rubén: no cambie usted; siga siendo el mismo; continúe por la misma ruta que

es, sin duda, la que ha de llevarle á usted á Damasco. Los que le aconsejen que busque su personalidad, no saben lo que aconsejan. Su personalidad es variable y múltiple como sus gustos. Si alguien se encuentra en completa posesión de su *yo*, ese alguien es usted. La obra que le piden ya está hecha; es una obra que se compone de muchas obras y que parece una colección de menudencias á primera vista, pero que, en realidad, es compacta si las hay. No cambie usted, Rubén. »

* * *

LUNES. — En casa de Liane de Pougy. Desde que apareció su famoso libro de memorias, la rubia pecadora ha tomado un aspecto más literario, más grave, más solemne. Sus ojos mismos, sus divinos ojos azules que entristecieron la agonía de Ludovico Hallevy y que atormentaron á tantos otros, parecen ahora más tiernos y más benévolos. Su manera de hablar no tiene casi nada de femenina y de coqueta.

Recostada en una butaca de estilo eclesiástico, la cortesana habla, como un poeta, de todo y de todos, buscando frases gráficas y palabras pintorescas para dar forma á sus ideas. Lo único que en ella me choca, son las opiniones. ¿Qué necesidad tiene de fatigarse en el cultivo de las ideas generales? Para ser lo que es, bástale con tener fantasías y con experimentar sensaciones.

Alguien la habla de su libro. Ella sonríe silenciosamente.

— Es un libro precioso, dice La Jeunesse.

En efecto lo es. Cuando se anunció su publicación, todos esperábamos una autobiografía malsana y refinada, llena de hipocresías sentimentales, de paisajes raros, de curiosidades psicológicas y de terribles complicaciones. Todos nos equivocamos. *L'Insaisissable* es sencillamente la historia de un alma apasionada é instintiva que, creyendo haber venido al mundo para amar, ha ido de desilusión en desilusión por el camino del deseo, del capricho, y de la locura también á veces, corriendo en pos de lo intangible.

¡Lo intangible! La pobre cortesana llama así al amor que siendo clemente para con otros, para muchos, para casi todos, le ha sido rebelde á ella que, sin embargo, es la más digna de amar y de ser amada.

Durante los diez años de su vida galante, Liana ha creído encontrar el Amor veinticinco veces. Un día quiso amar á un violinista de negra cabellera; otro día á un moderno Rastignac; más adelante á un poeta, á otro poeta, á varios poetas... después á un obrero robusto y simple... en seguida á un sportman... y luego á otro y á otros sin profesión, sin fortuna... Todo lo ha probado. En todas partes sus labios adorables buscaron los labios hermanos. Pero todos los labios fueron para ella ó falsos ó insensibles.

Y ahora, ya frizando en la edad de la cordura, más cerca de los treinta que de los veinticinco, termina su libro con las palabras siguientes:

«¿Vendrá para mí el día del amor? No lo sé; pero aún lo espero. Y aunque la razón me diga que

he sufrido demasiado, comenzaré de nuevo á correr tras del amor, porque una fuerza irresistible me obliga á esperar eternamente. En verdad, ¿por qué no he de seguir buscando ese ideal, puesto que nada en la tierra vale lo que un beso? »

*
* *

MARTES. — Mulder, el distinguido compositor francés que dirige ahora la orquesta del Teatro de los Funámbulos, me invita esta noche á oír la *Marcha de fantoches*, de Claudio Terrasse.

...Es una música singular, sin carácter genuino, sin sello de escuela, sin genio de raza, hecha de reminiscencias y de recortes, de variaciones y de alegorías, es una música en la cual hay algo de himno sagrado, de canción ingenua y lenta, de sencilla sarabanda antigua, y algo también de marcha funambulesca y de valse exótico; es una música que es la música y las músicas, todas las músicas, las más ingenuas como las más refinadas, y que ríe y que llora á un tiempo mismo, y que es lenta y grave cual una pavana, y fina y galante cual un minué, y que en seguida es ruda y melancólica como las armonías de los aires húngaros y que gime en los violines nerviosos para pasar de pronto á los cobres sonoros y esparcirse en ruidosas ondas evocadoras de Walkirias y de reales cortejos; es una música con languideces de habanera, con piruetas de canción, con muecas de « hig-land-flinh, » con aspavientos de Polichinela y pucheros de marquesita

empolvada: es una música hecha de caprichos húngaros, de caprichos parisienses, de caprichos ingleses; es una música cosmopolita, en fin, de reflejos mezclados y de ecos combinados...

Hay tanto movimiento en esa marcha, que Sarcey, el gran tío Sarcey, no puede permanecer tranquilo en su butaca, y se mueve á derecha é izquierda cual un inmenso fantoche articulado.

* * *

MIÉRCOLES. — Lapuya, mi único amigo que sabe gramática (¿de qué le sirve?) viene á verme para hablar de España.

— ¿Qué hay en Madrid, Lapuya?

— Desde que se marchó Bonafoux, creo que no hay nada. La gente se pasa la vida en el café, esperando la regeneración del país y el triunfo de *Cyrano de Bergerac*.

Luego me cuenta que tiene en prensa un libro sobre los verbos irregulares. — « ¿Un libro? »
« — Sí; un libro entero. » Yo no hubiera creído nunca que pudieran llenarse tantas páginas hablando de los verbos.

En seguida me dice que está traduciendo al francés una comedia de Benavente, y me pregunta si creo que el *Marido de la Téllez* podrá tener éxito en París.

— Creo que sí, Lapuya, Benavente es, hoy por hoy, el único dramaturgo joven de España, el único que sabe hacer hablar á sus personajes, el único que

no mete fantoches en sus piezas, sino hombres y mujeres con cuerpo y alma, con alma sobre todo. *El Marido de la Téllez* hecho por actores como Antoine y Jeane Granier, tendría un éxito inmenso en París. Créalo usted, Lapuya.

* * *

JUEVES. — En el concierto de La Cigale dan una pieza sacada de las memorias de Liane de Pougy.

La ilustre cortesana aparece, vestida, por decirlo así, de blanco. En el primer acto la vemos en el lecho de un meridional que grita mucho y cuyos besos son más sonoros que las gracias del petómano. En el segundo acto cambian los hombres; pero ni el lecho ni la heroína cambian. Siempre amando, la rubia pecadora persigue su ideal intangible en un lecho eternamente en desorden, eternamente perfumado, eternamente tibio del calor de su cuerpo enloquecedor y enloquecido.

* * *

VIERNES. — Mi buen amigo Austin de Croze, autor del célebre libro titulado *La Corte de España*, me cuenta una anécdota curiosísima sobre el reverendo padre Corbató, capellán del rey don Francisco de Asís.

El padre Corbató fué en otro tiempo carlista y

hasta escribió un catecismo de su partido y creo que también una *Imitación de nuestro señor don Carlos VII*. Además fué traductor lo mismo que Romojara, y trabajó para los editores que en París hacen libros para la exportación.

Un día Bouret le encargó que tradujese *La Religiosa* de Diderot. El reverendo padre aceptó el encargo; pero al ir traduciendo fué cambiando lo que se le antojaba impío; de manera que en la versión castellana el libro del gran filósofo resulta un libro cristiano.

¡Admirable!

* * *

DOMINGO. — ¡Oh los pintores!

Cuentan que León Gózlan se echó un día á llorar pensando en lo difícil que sería escribir una página original cuando Balzac hubiese concluido su *Comedia Humana*. « Ese hombre lo dirá todo — sollozaba el pobre autor de *Las Emociones de Polidoro* — ese hombre lo descubrirá todo, lo describirá todo, lo analizará todo, y para los que vengan después de él no quedará ni un paisaje, ni un tipo, ni una intriga! »

Yo también suelo llorar, pensando en lo desgraciados que serán los futuros historiadores de nuestro siglo. Para ellos tampoco habrá sorpresas, ni novedades, ni misterios. Todo lo encontrarán hecho y su labor se reducirá á poner en orden la multitud de memorias, de recuerdos, de diarios, de interviews y

de efemérides que nuestros contemporáneos han de legarles.

Porque hoy casi no hay nadie que deje de escribir, ó de hacer escribir, su propia historia.

Los pintores mismos, que hasta estos últimos años habían sido más discretos que los literatos y los militares, empiezan á referir sus secretos á los reporters. — Lucien Puech ha coleccionado en un volumen las confidencias ingenuas ó vanidosas de algunos de los más ilustres maestros del arte moderno.

El primero que ha confesado á Lucien Puech sus íntimas tristezas, es Benjamin Constant.

« Si yo ocupase en la literatura el puesto que ocupó en el arte — dice el gran *portraitiste* — sería mucho más rico de lo que soy. El inmenso cuadro que preparo, va á ocasionarme gastos considerables... Figúrese usted... Alquiler de mi estudio, lienzos, colores, modelos... ¡Eso cuesta muchísimo dinero!... Los literatos, en cambio, no gastan sino el talento y unas cuantas resmas de papel. »

Don Juan Valera había hecho ya una observación análoga al declarar con bonachona ironía, en la dedicatoria de *Cuentos y Diálogos*, que si se había consagrado á la literatura era porque para escribir un libro no se necesitaba hacer gasto ninguno. « Con un poco de talento y dos pesetas — asegura el aristocrático autor de *Pepita Jiménez* — cualquiera se gradúa de escritor. »

Por eso Benjamin Constant no puede consolarse de haber escogido un oficio caro.

« La culpa de que yo haya escogido tan perra profesión — dice — la tiene Tolosa, mi ciudad na-

tal, que no produce sino artistas. Falguière es de Tolosa, Laurens es de Tolosa, y yo suelo decir á mis colegas del Instituto que si no son tolosanos merecen serlo. »

Luego agrega, nostálgicamente :

« ¡La literatura!... ¡Ser literato!... Yo adoro esa profesión y si no fuese pintor sería literato! »

Teófilo Gautier deseaba, por el contrario, abandonar las letras para consagrarse á los pinceles, y sus amigos, que conocían sus cuadros, veíanse á veces en grandes apuros para impedir que hiciese semejante locura :

— Con la pluma — gritaba Flaubert disuadiéndole — eres el más perfecto de los pintores y con el pincel no haces sino mamarrachos. ¡No te muevas!

Volver la frase del autor de Salambó para aplicársela á Constant, sería cometer una falta de respeto; pero Lucien Puech podría muy bien contarle la leyenda del divino Ingres que tenía la ridícula pretensión de creerse mejor violinista que pintor.

Digo esto porque en las *Pensées sur mon art et en dehors de mon art par Benjamin Constant*, pueden leerse, entre otras, las siguientes frases :

« En donde el pensamiento del hombre termina, Dios comienza. » — « La buena fe es la salud del alma. » — « La música es un arte del cielo. »

Esto es muy inferior á los admirables retratos del maestro.

Pero... ¡cada Ingres con su violín!

Juan Beraud, el célebre autor del *Calvario moderno*, el artista intelectual y sensitivo, cuyas obras simbólicas llamaron, hace pocos años, la atención del mundo entero contribuyendo á vulgarizar el neo-

misticismo entonces floreciente, no padece de debilidades ni de lados flacos. Para él todo está bien en el mejor de los mundos. Ni se queja del pasado, ni se muestra inquieto del porvenir.

— Yo trabajo — dice. — Y no dice nada más.

Pélez, el pintor de los pobres, tampoco dispone de confidencias trascendentales, pero en cambio refiere anécdotas muy curiosas sobre sus modelos. He aquí una de ellas : « Me acuerdo de un chiquillo — cuenta — que vivía á diez kilómetros de París y que me sirvió de modelo para mis *Irreconciliables*. Cuando mi cuadro estuvo terminando, devolví el chico á sus padres. Una semana después escapóse de su casa, vino á pie hasta París, llegó de noche, se acostó ante mi puerta y al día siguiente entró á decirme que deseaba ver su retrato... con las lágrimas en los ojos... ¡Pobrecillo! »

En la confesión del célebre Bouguereau, hay una frase de una crueldad entristecedora :

— ¿De quién es ese cuadro? — preguntóle Puech señalando un lienzo pintado con una violencia que parecía más grande aún al lado de las serenas y anticuadas obras del maestro.

— Mío — respondió Bouguereau. — Lo pinté cuando mi alma rebosaba entusiasmo, y me gusta muchísimo; pero si hubiese seguido pintando así, no habría vendido nunca una sola de mis obras...

Lo mismo que Benjamin Constant, J. F. Rafaelli tiene vanidades *en dehors de son art*; y no contento con ser un gran pintor quiere, al mismo tiempo, ser un gran escultor, un gran periodista y un gran poeta. Después de trabajar, mientras dura la luz del día, en su estudio de la rue de Courcelles, enciérrese por

la noche en su biblioteca, con sus cuartillas y sus libros, y se repite la frase orgullosa de Leonardo da Vinci : *Io faró una finzione che signifierà cose grandi.*

Su obra sobre los Estados Unidos, publicada hace poco tiempo por *Le Journal*, es un cuadro ligero, ameno, lleno de irónicas observaciones y de curiosas anécdotas relativas al pueblo yanqui. Sin mostrarse tan entusiasta de todo lo nuevo como Bourget (cuyo *Outre-Mer* es el libro más *esnob* de nuestro siglo), y sin participar tampoco del odio que Moréas siente contra los pueblos anglo-sajones, Rafaelli traza un croquis del nuevo mundo que á mi se me antoja más justo que los demás libros franceses á propósito del mismo asunto.

No hay duda de que las sensaciones de viaje del ilustre pintor son muy estimables. Pero no son *cose grandi.*

La *cose grandi* de Rafaelli, están en sus cuadros, en su *Anciano leñador*, en sus *Lavanderas de Asnières*, en su *Patio de Hospital*, en sus *Viejos del Luxemburgo* — en todos sus lienzos de una intimidad penetrante y de un realismo desgarrador — en las producciones de su pincel, en fin, y no en las de su pluma.

Constant y Rafaelli, que á primera vista parecen muy orgullosos, resultan verdaderamente modestos comparados con las pintoras parisienses.

¡Oh la vanidad de Luisa Abbéma y de Magdalena Lemaire!

« En primer lugar — asegura madama Abbéma — soy descendiente de Luis de Narbona, hijo de Luis XV, bastardo de los Borbones. En seguida...

Verá usted... Cuando yo comenzaba á trabajar en el estudio de Chaplin, mis compañeras se reían de mí. Un día hice un cuadro, y mi maestro exclamó admirado al verlo : ¡Eso es digno de Manet! »

Después de referir tal anécdota, la pintora concluye :

« No debo negar que esas palabras de Chaplin me parecieron agradables. »

¿Nada más que agradables?...

En cuanto á Magdalena Lemaire, he aquí sus propias palabras : « Mi primer cuadro lo compró Alejandro Dumas *entusiasmado*. Luego he trabajado mucho y sólo al trabajo debo mi celebridad, pues las medallas que en las Exposiciones he obtenido, no habrían bastado. »

Terminemos haciendo una rápida silueta de Henry Pille, el gran pintor muerto recientemente.

Pille fué siempre un bohemio. Mal trajeado, mal peinado, generalmente sin corbata y á veces sin camisa tampoco, parecía un mendigo.

Una noche fué detenido por un agente de la policía que, viendo en el ojal de la solapa del pobre artista la roseta de la Legión de honor, le tomó por un demente.

— Pero si soy, en realidad, caballero de esa orden — decía Pille en la prevención.

Y el comisario, riendo á carcajadas, respondía :

— Usted está loco : ¡tiene usted la manía de las grandezas!

Si algo no tenía, era esa locura.

Lucien Puech, que le buscaba para *interviewarle*, le encontró en una taberna, dibujando el retrato del tabernero.

— ¿Me hace usted el favor de concederme una entrevista, querido maestro?

— Sí, con mucho gusto; pero aún tengo que dibujar al retrato de un albañil, amigo mío, que come todas las tardes á mi lado. Se lo presentaré á usted...

Siendo miembro del Jurado para la admisión de los cuadros en la exposición oficial, mientras sus colegas examinaban atentamente las obras sometidas á sus inapelables juicios, Pille permanecía quieto en un rincón, con un lápiz y un papel entre las manos. Cuando, en la última sesión, alguien le preguntó qué era lo que más le había gustado, él contestó:

— Las caras que ustedes ponían.

Y enseñó á sus compañeros una serie de caricaturas en las cuales les había representado en ridículas y graves posturas.

Pille ganaba mucho dinero, y como gastaba sin contar, creía gastarlo todo. Su esposa; no obstante, iba economizando sin que él lo notase y un día compró una casa con sus economías.

— ¡Una casa! — exclamó Pille al saberlo — ¿y para qué queremos una casa?... Las casas no se beben...

Poco á poco, empero, fué acostumbrándose á la idea de ser propietario, y en los últimos años de su vida, solía decir á sus compañeros con más orgullo que don Rodrigo en la horca:

— Vosotros no sois sino simples artistas, mientras que yo soy capitalista; ¡tengo una casa!

— ¿Una casa? — exclamó al fin Willette, cansado de oír las frases desdeñosas de su amigo; — ¿pero dónde está tu casa?

Y Pille, que verdaderamente no sabía en dónde

se hallaba situado su inmueble, concluyó avergonzado:

— ¡Es cierto!... ¿En dónde está mi casa?...

... Fué el último de los bohemios.

* * *

LUNES. — Ephrem Vincent, el eminente crítico francés cuyos estudios mensuales sobre la literatura española contemporánea llaman la atención en París y debieran llamarla más aún en Madrid, me escribe lo siguiente: « Querido compañero: Agradezco á usted muchísimo las frases que en su última crónica me consagra. En mi juicio sobre su *Bohemia Sentimental* no hay amabilidad ninguna sino simple justicia; me parece un libro encantador y no perderé ocasión de repetirlo en otros periódicos. Dice usted que no conozco á Valle Inclán y á algunos jóvenes. Sin duda ignoro á muchos y lo siento en el alma, pero ¿dónde encontrar aquí sus obras? Diga usted á sus amigos y compañeros que me manden sus producciones á la redacción del *Mercure de France* para poder hablar de ellas. En París deseamos ver á la España joven, modernista, vibrante, y olvidar á la vieja, caduca y académica. Hasta pronto — su — E. Vincent ».

Así, pues, queridos compañeros, cuando quieran ustedes que un hombre de talento les diga con sinceridad lo que sus libros valen, envíenselos á Vincent que hablará de las novedades españolas en len-